



LA INTERNACIONAL SOCIALISTA Y AMERICA LATINA, UNA VISION CRITICA*

José Luis León

Decía Alan Bergonioux que muchos juzgan a la socialdemocracia, pero pocos la conocen. Si esto es cierto en lo general, aplicado a América Latina el problema parece ser más grave. Hasta la fecha son pocos los libros que se han abocado al estudio de las relaciones entre la principal manifestación orgánica de la corriente de pensamiento socialdemócrata, es decir, la Internacional Socialista (IS) y la región de América Latina y el Caribe, cuya creciente importancia en las Relaciones Internacionales es insoslayable; esas escasas publicaciones, sin embargo, han tendido a seguir la

* Felicity Williams. México: Universidad Autónoma Metropolitana — Azcapotzalco, 1984, 337 pp.

línea partidista por lo que sus aportaciones, aunque existentes, no han sido profundas.

El libro de la profesora Felicity Williams se presenta como un intento serio y crítico para abordar el problema desde un punto de vista que rebase lo meramente coyuntural, y ahonde en los aspectos históricos y los contenidos de la doctrina socialdemócrata, aspectos sin cuya comprensión resultaría imposible formular un diagnóstico correcto acerca de sus motivaciones para acercarse al mundo subdesarrollado en general y a América Latina en particular.

La obra consta de un capítulo introductorio, cuatro capítulos que desarrollan las principales tesis y dos anexos en los que se consignan los países integrantes de la IS, así como su número de miembros y las publicaciones disponibles en nuestro subcontinente.

En el capítulo introductorio se caracteriza a la IS como una corriente política intermedia entre los planteamientos conservadores y las ideas revolucionarias; por lo tanto, constituye una fuerza de marcada propensión reformista que engloba a distintas tendencias en su interior. Para la autora, la presencia de la Internacional Socialista en América Latina se debe, en primer término, al propio desarrollo histórico de esa organización; en segundo, al desarrollo reciente en la Región, y, en tercer término, a la crisis del sistema capitalista mundial que comenzó a hacerse patente a mediados de la década de los sesenta.

En el primer capítulo, intitulado *Antecedentes I*, la autora retrocede al siglo XIX en Europa, época en la que comienzan a surgir las luchas contra el capitalismo que la Revolución Industrial estaba apuntando. La I Internacional —coalición de fuerzas anarquistas, tradeunionistas, marxistas y socialistas utópicas— se funda en 1864. A partir de esta alianza heterogénea, las divergencias se van a ir haciendo cada vez más claras, cada fracción ideológica da respuestas distintas a una pregunta fundamental: ¿El sistema se debe cambiar pacífica y gradualmente o las transforma-

ciones deben ser violentas? Entre los partidarios de esta última opción se encontraban los marxistas, fundamentalmente, y entre los adeptos de la primera alternativa se situaban los socialdemócratas. Cuando en 1889 se funda la II Internacional, las diferencias entre ambas escuelas políticas parecían ser ya irreconciliables; sin embargo, la evidencia de tales contradicciones aflora abiertamente con el pensamiento revisionista de Eduard Bernstein, quien a la lucha de clases de Marx opone la colaboración entre ellas, y a la vía violenta para la toma del poder confronta la viabilidad de los cambios sociales a través del parlamentarismo.

La socialdemocracia se anota varios éxitos a finales del siglo XIX y principios del XX, con la consolidación del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) y la fundación del Partido Laborista Británico en 1900. Posteriormente surge la Primera Guerra Mundial, hecho histórico que liquidará a la II Internacional, pues los nacionalismos europeos se impusieron al internacionalismo proclamado por esta organización.

El ascenso del SPD al poder en Alemania se da en 1918 con el promonarquista Líder Friedrich Ebert, y en 1923 se inicia un nuevo intento organizativo de la socialdemocracia: la Internacional Obrera Socialista, opuesta a la III Internacional o Comintern (Moscú, 1919). Durante toda esta época, hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia no se extendió mucho más allá de los límites europeos.

El capítulo denominado *Antecedentes II* analiza la actuación de la Internacional Obrera Socialista en la segunda posguerra, época caracterizada en lo internacional por la Guerra Fría y por la creación de una "sociedad de la abundancia" en Estados Unidos y los países de Europa Occidental, además del proceso de descolonización que se cuenta entre los principales logros de la ONU. En ese contexto la socialdemocracia evoluciona hacia el Comité de las Conferencias de la Internacional Socialista (COMISCO), fundado en 1947, y más tarde hacia la Internacional Socialista, creada en 1951 bajo la forma que hoy conocemos.

Cabe destacar que debido a la despolitización de la población europea y a la poca preocupación de la IS por otras áreas del mundo, los avances de la organización en este periodo son pocos: para finales de los cincuenta la IS contaba tan sólo con un partido afiliado en Africa, dos en Asia y tres en América Latina. Incluso el Secretariado que para esta región se estableció en 1956 en Montevideo, fue iniciativa de los propios partidos socialdemócratas latinoamericanos y no de los europeos, como podría esperarse. Sin embargo, el auge económico que siguió a la Segunda Guerra Mundial comenzó a decaer visiblemente al promediar la década de los sesenta, y a partir de 1967 la crisis comienza a afectar las percepciones optimistas de los europeos. La IS no es la excepción, y sus programas y proyectos comienzan a tomar otros rumbos, pues incorporan demandas de la nueva izquierda tales como la democratización efectiva, una menor burocratización del aparato estatal, una atención permanente a la ecología y un acercamiento con los países del Tercer Mundo. De esta forma, "el interés por el Tercer Mundo cobrará más fuerza a medida que la crisis se profundiza", llegando a su punto máximo de ascenso a partir de la elección de Willy Brandt a la presidencia de la IS, en 1976.

Los primeros contactos entre América Latina y la socialdemocracia europea son analizados en el capítulo III. Williams considera que dichos contactos en principio fueron más bien escasos, ya sea por los diversos niveles político-económicos existentes entre Europa y América Latina desde el siglo pasado o bien por el escaso desarrollo del movimiento socialista en América Latina, sostenido básicamente por núcleos de inmigrantes europeos.

La precariedad del pensamiento y la práctica de la socialdemocracia en Latinoamérica continuará durante gran parte del presente siglo, debido a varios factores, tales como: el surgimiento, a principios de siglo, de proyectos nacionalistas burgueses con orientación social como los de Battle Ordóñez en Uruguay y Balmaceda en Chile, que restarán espacio a la entonces casi inexistente socialdemocracia; la mayor pene-

tración del Comintern, o II Internacional en América Latina; y la existencia, a partir de la década de los treinta, de los llamados movimientos populistas (Perón en Argentina, Vargas en Brasil y Cárdenas en México), que al tiempo que quitan banderas a la posible acción socialdemócrata, son considerados por ésta como “dictaduras basadas en la demagogia nacionalista que traten de lograr el apoyo de la clase obrera con una mezcla de anti-extranjerismo y ofertas materiales”.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la hegemonía de Estados Unidos en la Región se institucionaliza y la IS no participa del lado de los movimientos antiimperialistas que se daban en América Latina, sino que aparece ligada al Bloque Atlántico. Prueba de ello es la pasividad con que se mantuvo durante la invasión de 1954 a Guatemala. No obstante, el desarrollo propio de América Latina generaba para esas fechas dos corrientes potenciales de movimientos socialdemócratas. Por un lado, las colonias inglesas que luchaban por su independencia y, por otro, los “Partidos Populares”, organismos políticos de tendencias modernizadoras, anticomunistas y por tanto anticastritas, pluriclasistas –con predominio de los estratos medios– y proestadounidenses. Es en estos partidos, tales como APRA de Perú, Acción Democrática (AD) de Venezuela o el Partido de Liberación Nacional (PLN) de Costa Rica en los que, años más tarde, la IS encontraría sus mejores aliados.

Durante los sesenta la tendencia a intensificar los contactos aumenta, circulando revistas socialdemócratas en Venezuela y Costa Rica, país en el que además se crea, a iniciativa de José Figueres, el Instituto de Educación Política que en 1968 se transforma en el Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), con el apoyo financiero de la Fundación Friedrich Ebert, del SPD alemán. En esta época es posible observar la carencia de preceptos antiimperialistas en las demandas y acciones de la IS y sus partidos aliados en América Latina.

El último capítulo aborda el tema de las relacio-

nes IS-AL a partir de los setenta, cuando la caída del Gobierno de Allende en Chile y la profundización de la crisis económica capitalista convergen para dar mayor combatividad y contenido antiimperialista a la Internacional Socialista. A partir de 1976 la IS despliega una actividad sin precedentes en la Región, actividad que va desde la Conferencia de Caracas (1976) hasta su continuación, la Reunión de Lisboa (1978), pasando por la condena del régimen somocista, la celebración del 1.º Aniversario del Partido Radical de Chile en México y la exhortación de Willy Brandt para lograr un Nuevo Orden Económico Internacional y una profundización del Diálogo Norte-Sur.

La investigación de Williams es provechosa en cuanto que abre nuevas líneas para ulteriores trabajos y da una visión muy detallada e interesante de los quehaceres de la IS en nuestro subcontinente. Así, el propósito inicial de hacer historia crítica y contextualizada se ve cristalizado en el desarrollo del texto.

(Revista Mexicana de política exterior, N° 8, 1985).

